

Relaciones internacionales

BRADFORD, William: *Viaje por España y Portugal. La Guerra Peninsular. 1808-1809.* Salamanca: Caja Duero, 2008, 2 vols. (Edición a cargo de Ricardo Robledo).

En su polémica epistolar con Cabarrús, semanas después del oprobio de Bayona y cuando Dupont ya había sido batido en Bailén, Jovellanos definió con rotundidad el carácter de la guerra que asolaba el país: «España no lidia por Borbones ni por Fernandos; lidia por sus derechos originales, sagrados, imprescriptibles; lidia por su Constitución, por sus leyes, sus usos, sus costumbres, en una palabra, por su libertad, que es la hipoteca de tantos y tan sagrados derechos». Cierto. Pero el apoyo inglés a la supervivencia de España como nación integró su lucha —como *guerra peninsular* ya— en la gran pugna que Inglaterra sostenía contra Napoleón, considerado como última encarnación de la revolución y causa de la permanente convulsión europea. Conforme percibió Sout, el gobierno inglés «estaba encantado de haber encontrado tan fecundo campo de batalla contra Francia y no lo iba a abandonar fácilmente».

La primera fuerza expedicionaria británica proyectada sobre España fue la mandada por sir John Moore, quien a primeros de octubre de 1808 salió de Lisboa con dirección a Ciudad Rodrigo y Salamanca al frente de la infantería, mientras la artillería y los bagajes, al mando de Hope, daban un rodeo por Extremadura y Ávila para esquivar las asperezas de la Sierra de la Estrella. Moore pasó gran parte del otoño en Salamanca, a la espera de poder agrupar esas dos columnas salidas de Portugal con la división que, al mando de Baird, había desembarcado en A Coruña. La fuerza conjunta se desplegaría a la espalda de los

ejércitos españoles que esperaban la inminente ofensiva de Napoleón desde el norte.

Entre aquellos hombres se encontraba William Bradford, capellán de una de las brigadas que llegaron con Moore a Salamanca. Años después, tras ejercer de párroco e historiador, retomaría su oficio de capellán en la embajada británica en Viena, antes de retirarse definitivamente a la rectoral de Storrington. Hombre de sólida formación, como antiguo alumno del St. John's College de Oxford, Bradford fue también dibujante y pintor. Durante su paso por Portugal y España dedicó parte de su tiempo a recoger en sus cuadernos imágenes de paisajes, monumentos y tipos populares que, grabados por I. Clark, serían editados en 1810 en Londres por John Booth, con notable éxito, al calor del enconado debate que la fracasada campaña de Moore había suscitado en el Parlamento y en la prensa británicos. Hoy, gracias a la generosidad de Miguel Ángel Martín Mas —propietario de un libro original— y de Caja Duero, podemos acceder a una obra que el Palau tipifica de *rara* y cuya consulta era hasta ahora muy difícil. Al volumen facsímil con los grabados y textos explicativos escritos por Bradford, acompaña otro con su traducción y varios interesantes estudios sobre la obra artística del capellán y sobre la campaña del Cuerpo Británico de Moore.

Fue éste un hombre personalmente valeroso, cuya muerte, glorificada en un monumento conmemorativo en A Coruña, dio origen a una mitificación literaria que llegó hasta Rosalía y Cela. Como general, sin embargo, fue un completo derrotista. Su correspondencia oficial, publicada por su hermano para defender su memoria y reeditada hace años por A. Urgorri, muestra a un militar timorato en exceso y obsesionado con denunciar a su gobierno la debilidad de sus propias fuerzas y el desorden reinante en el campo español. Su larga estancia salmantina la pasó solicitando al

Secretario de la Guerra, Castlereagh, permiso para abandonar España y sólo se puso en movimiento cuando el embajador británico ante la Junta Central, Frere, le amenazó con un consejo de guerra si no lo hacía. Según Toreno, «las dificultades se le presentaban abultadas y sólo veía seguridad en la flota que le aguardaba en la costa». Por eso su participación en la guerra se redujo a un choque en Sahagún con fuerzas del 2.º Cuerpo galo. Y su retirada de allí a A Coruña —estudiada, como toda la expedición y su contexto histórico, en sendos trabajos de Miguel A. Martín Mas y Ricardo Robledo— fue una auténtica calamidad para sus tropas y para las poblaciones por donde éstas pasaron. Así lo atestiguaron oficiales ingleses tan escrupulosos en lo tocante a veracidad como Stewart y así lo hizo constar también La Romana en sus despachos a la Junta Central. Y es que, al ser el británico un ejército de *antiguo régimen*, que reclutaba sus tropas de los *bajos fondos*, estaba expuesto a que éstas se desmandasen con facilidad ante cualquier descalabro, máxime si, como sucedió con el Cuerpo Británico de Moore en 1808-1809, el derrotismo y la apatía dominaban el cuartel general.

Sobre esto Bradford mantiene espeso silencio. Gaje sin duda del artista que trabaja para la producción seriada de imágenes y que procura no olvidar al público interesado en comprarlas, cuyo sosegado patriotismo en modo alguno parece conveniente alterar. Ésa es la razón del costumbrismo que domina su relato pictórico y que reduce su mirada al pintoresquismo de un mundo rural e inmóvil. Fernando Rodríguez de la Flor, con el ingenio que en él es una costumbre, reconstruye esa mirada y su fría poética —tan antitética a la de Goya—. Con ella, sin embargo, calentaron su corazón los ingleses durante los largos años de guerra contra Napoleón.

Tomás Pérez Delgado